

Miriam Dubini



Loeila Blue



Una pizca de magia

ANAYA

Título original: *Leila Blue. Un granello di magia*

A Londres y a sus claros.

1.ª edición: marzo 2013

© Atlantyca Dreamfarm s.r.l., Italia, 2012
International Rights © Atlantyca S.p.A., via Leopardi 8, 20123 Milán, Italia
foreignrights@atlantyca.it - www.atlantyca.com
Edición original publicada por Arnoldo Mondadori Editore S.p.A, Milán, 2012
© De la traducción: Eva Cano Fernández, 2013
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2013
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Los nombres, personajes e indicios relacionados contenidos en este libro, propiedad de Atlantyca Dreamfarm s.r.l., han sido cedidos en exclusiva a Atlantyca S.p.A en su versión original. Su traducción y/o versiones adaptadas son propiedad de Atlantyca S.p.A. Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-84-678-4079-7
Depósito legal: M. 1950/2013
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Miriam Dubini

Loeila Blue

Una pizca de magia



Traducción de Eva Cano Fernández
Ilustrado por Alessandra Sorrentino

ANAYA

LOS PERSONAJES



La abuela Erminia



Leila



Elena



Florián



La tía Frenky



Ivy Bullitpot



Grace



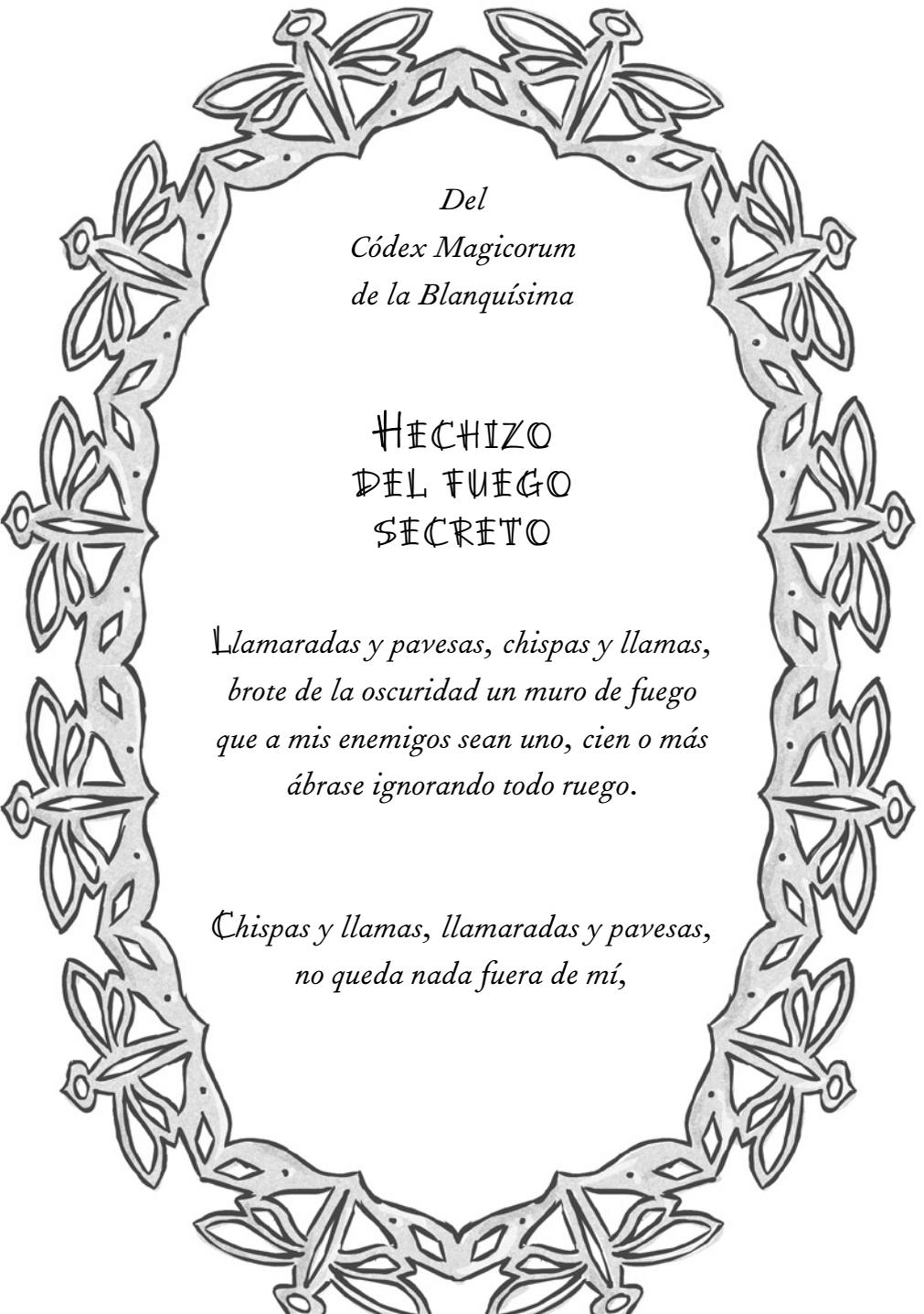
Merlin



La Blanquísima



Joyce Q

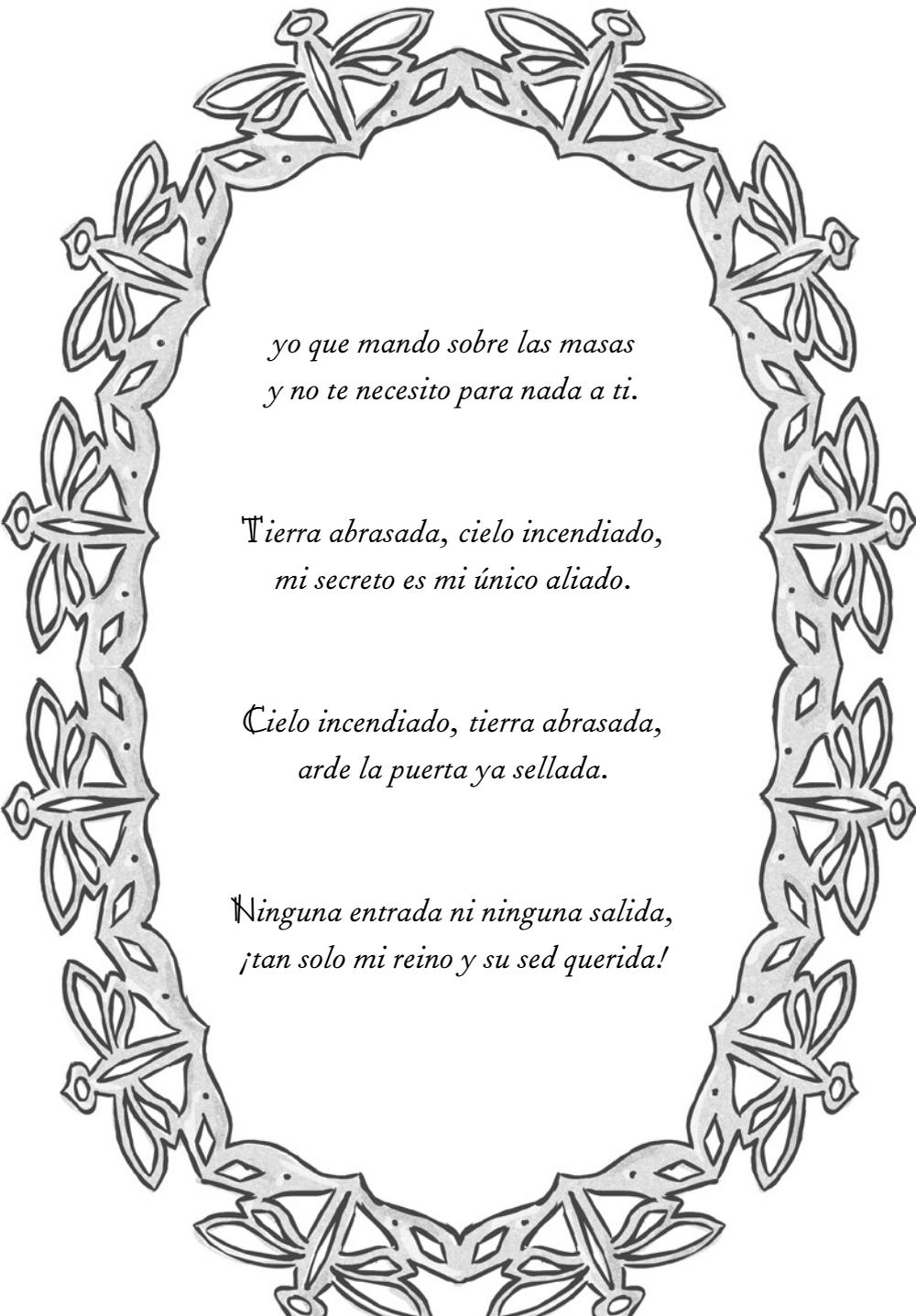


*Del
Códex Magicorum
de la Blanquísima*

HECHIZO
DEL FUEGO
SECRETO

*Llamaradas y pavesas, chispas y llamas,
brote de la oscuridad un muro de fuego
que a mis enemigos sean uno, cien o más
ábrase ignorando todo ruego.*

*Chispas y llamas, llamaradas y pavesas,
no queda nada fuera de mí,*



*yo que mando sobre las masas
y no te necesito para nada a ti.*

*Tierra abrasada, cielo incendiado,
mi secreto es mi único aliado.*

*Cielo incendiado, tierra abrasada,
arde la puerta ya sellada.*

*Ninguna entrada ni ninguna salida,
¡tan solo mi reino y su sed querida!*



La Blancuísima apoyó el índice inmaculado sobre la roca negra de su nuevo escondite subterráneo y la piedra tembló. Allí abajo no había puertas ni ventanas, ninguna vía de escape y ninguna entrada, tan solo una grieta apenas visible desde el exterior, que quedaba perfectamente oculta entre las hendiduras y las dunas de un inconmensurable desierto. Pero no era suficiente. Las brujas rebeldes habían demostrado ser muy hábiles en eludir las trampas de la emperatriz en el Castillo de Hielo, y ahora se había dado cuenta de que la única forma de estar realmente a salvo era cerrando todos los pasos de acceso con



una barrera infranqueable y mortal como... un muro de fuego. Tras ser invocadas por la emperatriz, las llamas empezaron a chisporrotear alrededor de su morada, sellando la grieta que se extendía a lo largo del techo. Si alguien hubiera intentado entrar, una cuchilla incandescente se habría deslizado por el cielo quemándolo vivo. Si alguien hubiera tratado de salir, las paredes ardientes lo habrían incinerado al instante.

Cerró el códex con un gran estruendo que retumbó en las tres oscuras habitaciones, mientras la luna llena brillaba indiferente sobre las dunas solitarias e inmóviles.

—Ahí está. ¿Lo ha oído, Madame? —preguntó Flanagan reconociendo el sonido sordo que hacía el códex cuando se cerraba.

—La Blanquísima acaba de terminar de invocar los hechizos para la creación de los dones mágicos. ¡Pronto nos llamará a su presencia!

Madame Prin asintió, confiando en que su capitán tuviese razón. Desde que habían llegado a aquel lugar aterrador, Su Blancura había empezado a comportar-





se de forma extraña. Se pasaba los días ocupándose de las larvas de las libélulas adamantinas escondidas en los subterráneos, desatendiendo completamente el resto de cosas. Madame Prin era un cisne de costumbres y todos estos cambios la asustaban muchísimo. ¡Si tan solo hubiera tenido consigo su viejo cuaderno de apuntes! Lo habría apretado entre las alas como una balsa en medio de la tempestad y habría buscado entre sus páginas el alivio de una arribada, como el náufrago que ve la playa después de haber vagado sin rumbo. Pero ese cuaderno ya no existía, se había perdido junto con el Castillo de Hielo, destruido por el hechizo de una pequeña bruja desobediente. ¡Maldita Leila Blue! Por su culpa ya no tenía casa, por su culpa Brosius había acabado en la cárcel, pero, sobre todo, por su culpa había perdido aquellos valiosos apuntes, sin los cuales se sentía desnuda como un ave desplumada. ¿Y ahora





qué haría? ¿Dónde encontraría la información necesaria para llevar a cabo sus obligaciones sin cometer errores ni imprecisiones? Miró a su alrededor tratando de animarse, pero lo que vio le infundió aún más miedo.

El blanco resplandor del Castillo de Hielo era solo un recuerdo: la nueva morada de la emperatriz era un lugar oscuro y negro como una pesadilla, escondido bajo las dunas de un desierto abrasado por el sol más grande que había visto jamás.

Madame Prin cerró los ojos intentando olvidarse de dónde estaba, pero una imagen aún más aterradora se coló en sus pensamientos: la expresión glacial de la Blanquísima durante el derrumbamiento de su palacio real. La emperatriz se había mostrado indiferente, con la misma expresión que hubiera tenido ante la visión de una hoja que cae de una rama en otoño. Había abierto la boca solo para impartir una orden:

—Id y buscad otro lugar que se adapte a mis proyectos.

En su voz no había signos de tristeza, de rabia, ni de dolor. Sin embargo, ¡Madame Prin habría querido





gritar a los cuatro vientos toda la desesperación que sentía! Afortunadamente, Flanagan la había conseguido distraer dándole instrucciones concretas sobre la ruta que había que seguir, y rápidamente se pusieron los dos en marcha para buscar un nuevo cuartel general para su soberana.

Habían pasado largos días e infinitas noches volando por los cielos de todo el mundo, pero finalmente encontraron lo que buscaban: un lugar silencioso, apartado, desierto. Madame Prin lo había odiado desde el primer momento en que lo vio, pero a la Blanquísima le había parecido perfecto.

—Sí —sentenció mientras planeaba sobre la arena, transportada por las libélulas adamantinas.

A continuación, con un imperceptible movimiento de sus azulados ojos, abrió entre las doradas dunas una grieta tan profunda como el cráter de un volcán, y desapareció en el interior junto a su ejército volador y a las prisioneras. Ahí abajo había creado un nuevo castillo subterráneo, negro y brillante como una colada de lava. Había escondido los capullos en los cimientos, donde ahora las libélulas se



estaban multiplicando desmesuradamente, chupando la energía de los corazones buenos de las rebeldes. En el piso de arriba había creado solo dos habitaciones, una muy grande para ella misma, y otra muy pequeña para Madame Prin y Mister Flanagan. Y para terminar, con el fin de proteger su nueva y aterradora morada, había construido un muro de fuego que habría incinerado a quienquiera que se hubiera acercado. Eran llamas mágicas, que mantenían el calor del desierto lejos del palacio. Sin embargo, entre aquellas paredes negras Madame Prin sentía que se asfixiaba.

—¡Oh, querido Flanagan! Este lugar no me gusta, es tan diferente de nuestro bonito castillo...

—Ánimo, no se aflija. ¿Ha olvidado qué día es hoy? Hoy es el día de las entregas. ¡Dentro de pocas horas podrá olvidar este melancólico escondite y volar al aire libre! —exclamó el capitán.

Pero, esta vez, estaba muy equivocado.

—No hay nada que entregar. Ningún don —sentenció la Blanquísima.





Los dos cisnes se miraron incrédulos. La emperatriz llevaba milenios creando dones mágicos para sus súbditos.

El capitán no sabía realmente cómo actuar y, por lo tanto, probó a preguntar a su dueña:

—¿Hay algo más que podamos hacer por usted, Vuestra Resplandeciente Blancura?

Ella no respondió. Dio la espalda a sus fieles servidores y desapareció en los subterráneos.

—Pero... —balbuceó Madame Prin confusa—. Sin los dones de la Blanquísima todo el pueblo mágico se extinguirá. Ya no habrá más hadas, orcos, brujas...

Los dos cisnes se miraron tratando de imaginarse un lugar donde no hubiera ninguna bruja volando a toda velocidad entre las estrellas, ni un hada bailando entre las flores, ni un orco roncando en las profundidades de las cavernas. Un mundo sin magia.

Agacharon sus largos cuellos blancos suspirando tristes y derrotados, mientras que debajo de la arena dorada el ejército de las libélulas adamantinas se multiplicaba invisible y resplandeciente.

Leila Blue

Una pizca de magia

Leila y su mamá por fin han vuelto a casa, pero el salón del Primrose está vacío: la Blanquísima tiene como prisioneras a las Hermanas del Eterno Desorden. Para entrar en el nuevo cuartel general de la emperatriz y poder liberarlas, Leila y Grace necesitan un poderoso hechizo que detenga el tiempo... Con la ayuda de Florián y de una mágica pluma voladora, ¡madre e hija se embarcarán en su primera aventura juntas!

Contiene
el **Códex
Magicorum**
y recortables
para Florián.



1578183

ISBN 978-84-678-4079-7



9 788467 840797